



JOSE ORTEGA Y GASSET

En defensa de un muerto profanado

Luis ARAQUISTAIN

Diferencias sin rencor

En 1935 yo tuve algunas diferencias públicas con José Ortega y Gasset. A raíz de la huelga de octubre de 1934 cayó en mis manos un ejemplar de su *España invertebrada*, reeditada en ese año. Esta edición venía aumentada con un nuevo prólogo en el cual Ortega había escrito lo siguiente:

«Debo decir que a mí de todas esas ideas (las del libro citado), las que hoy me interesan más son las que todavía siguen siendo anticipaciones y aún no se han cumplido ni son hechos palmarios. Por ejemplo: el anuncio de que cuanto hoy acontece en el planeta terminará con el fracaso de las masas en su pretensión de dirigir la vida europea. Es un acontecimiento que veo llegar a grandes zancadas. Ya a estas horas están haciendo las masas —las masas de toda clase— la

experiencia inmediata de su propia inanidad. La angustia, el dolor, el hambre y la sensación de vital vacío las curarán de la atropellada petulancia que ha sido en estos años su único principio animador. Más allá de la petulancia descubrirán en sí mismas un nuevo estado de espíritu: la resignación, que es en la mayor parte de los hombres la única gleba fecunda y la forma más alta de espiritualidad a que pueden llegar. Sobre ella será posible iniciar la nueva construcción. Y entonces se verá, con gran sorpresa, que la exaltación de las masas nacionales y de las masas obreras, llevada al paroxismo en los últimos 30 años, era la vuelta que ineludiblemente tenía que tomar la realidad histórica para hacer posible el auténtico futuro, que es, en una forma u otra, la unidad de Europa... Cuando hace 10 años anuncié que en todas partes se pasaría por situaciones dictatoriales, que éstas eran una irremediable enfermedad de la época y el castigo condigno de sus vicios, los lectores sintieron gran conmiseración por el estado de mi caletre.»

Estas palabras de tonos proféticos y apocalípticos me hubieran dejado impasible en otro momento, por la evidente incongruencia entre lo infundado del crimen de que Ortega acusaba a las pobres masas «de toda clase» y luego más concretamente «masas nacionales» y «masas obreras», para que no hubiera confusión (1), y el terrible y casi bíblico «castigo condigno de sus vicios», que no era otra cosa que la dictadura sanguinaria. ¿Pues qué otro crimen de las masas, es decir, de los pueblos, era esa «pretensión de dirigir la vida europea», sino única y exclusivamente el deseo de que sus países se rigiesen por sistemas democráticos y parlamentarios? Fuera de Rusia, eso era todo lo que las masas querían y ejercían (2). ¿Y era ése el crimen por el cual merecían ser condenadas nada menos que a la angustia, al dolor, al hambre, al vacío vital y, como remate, a la tiranía del asesinato legal y de los campos de concentración y, finalmente, como último consuelo, a la resignación, es de suponer que cristiana, aunque no se dijera, como ha predicado siempre la Iglesia católica a las masas obreras?

Pero el momento era sumamente doloroso para nosotros los socialistas y para toda la clase trabajadora de España. Es posible que la huelga de octubre de 1934 fuera un error político, sobre todo vista ahora desde nuestra perspectiva histórica actual y a la luz de los acontecimientos posteriores en que pereció nuestra República. Nada más fácil que ser profeta tras el evento. Cuando yo leí ese prólogo de Ortega, a todos los que más o menos habíamos intervenido en aquella huelga, su fracaso nos había dejado, por así decirlo, el alma en carne viva y cada palabra suya de las transcritas era como un latigazo. Por otra parte, parecido a ése era también el lenguaje que por entonces, inspirándose sobre todo en la filosofía pseudoaristocrática del pobre enfermo Nietzsche, gran flagelador de las masas también y maestro inconfesado de Ortega, hablaba el fascismo en el mundo entero, mientras ponía ya en violenta ejecución sus palabras en Italia y Alemania y se disponían a hacer otro tanto en España sus discípulos y có-

mitres falangistas. Algunas profecías, más que previsiones de sucesos venideros, son sus progenitoras o sus comadronas. Es probable que si los profetas del Viejo Testamento no hubieran anunciado el Mesías, Jesús de Nazaret no hubiera pensado nunca que él lo fuera y, de haberlo pensado, nadie se lo hubiera creído. Algo de esto ocurrió con los escritos políticos de Ortega en cuanto a sus repercusiones en España.

Es muy verosímil que de haber podido prever él las influencias que estos escritos tendrían en nuestro país y los graves acontecimientos de 1936, se hubiera horrorizado y abstenido de publicarlos. Fundamentalmente era un hombre noble, incapaz de cometer a sabiendas una mala acción, pues ponía el bien de España por encima de todo interés o flaqueza personal. Sus errores, si los hubo —y quién puede tirar la primera piedra—, fueron de buena fe e hijos de «su circunstancia» personal, del ambiente liberal, pero antidemocrático, de la burguesía política española en que nació y se educó. Los errores tampoco fueron exclusivamente suyos. Su resentimiento con la República fue, en parte por lo menos, una reacción natural y humana —mucho más justificada que la de Unamuno— al desdén y menosprecio con que la República le había tratado. Bien claramente se refleja ese estado de ánimo en estas palabras del prólogo citado: «Hay gentes que sienten una repugnante y hermética admiración hacia todo el que parece en triunfo y un desdén bellaco hacia lo que por el momento toma un aire de cosa vencida.»

La «cosa vencida» en la arena de la República, claro está, era él, y «el que parece en triunfo» me imagino que era Manuel Azaña. El diálogo, y no se diga la colaboración, entre intelectuales españoles ha sido siempre punto menos que imposible. Desde luego, la comunicación y colaboración con Ortega en un plano de igualdad social, la única forma admisible en una democracia, era en extremo difícil. Se parapetaba tras un gesto entre magisterial, mesiánico y olímpico que le hacía inaccesible a nuestra llaneza republicana, quizá excesiva y harto confianzuda, pero llaneza española al fin y también hija inevitable de nuestra circunstancia o idiosincrasia nacional, profundamente igualitaria, al contrario que la de los pueblos anglo-germánicos. Pero tampoco hizo nadie nada por inquirir si en aquella hirsuta y refractaria fortaleza de mentor displicente no había algún humano portillo secreto por donde poder deslizarse y ganarla para la República. Esta incomunicación y antipatías mutuas —especialmente entre Azaña y Ortega— fue tal vez una gran tragedia para la República y para España.

Traigo todo esto a cuento para explicar la reacción, algo destemplada a mi vez, con que comenté en la revista *Leviatán* ese prólogo y en general la obra filosófica de Ortega (3). No trato de justificarme. Todo lo que hacemos y decimos en público pertenece a la disputa de los hombres. Por su parte, Ortega nunca rectificó sus opiniones políticas y yo no tengo por qué rectificar los juicios que esas opiniones me

merecían y me siguen mereciendo, máxime hoy que, como profecía, me parecen más erróneas e injustas que nunca. Basta echar una ojeada al mundo en rededor. El acontecimiento que él veía llegar a grandes zancadas no era sólo el castigo de las masas por las dictaduras fascistas, sino también, como consecuencia, una segunda guerra mundial, la más atroz de las guerras, precisamente para liberar a esas masas y al mundo de aquellas dictaduras punitivas y castigarlas a su vez. Si él hubiera visto la consecuencia, hubiera condenado la causa. Los dos verdugos máximos, Hitler y Mussolini, con sus secundones y auxiliares, recibieron ya el condigno castigo que, ellos sí, se merecían, y las masas, no rebeldes, como decía Ortega en otro libro, sino harto mansas y pacíficas, han vuelto a la justificada pretensión de dirigir la vida europea en la única forma alternativa posible a la dictadura: por el sistema de la democracia parlamentaria. Las únicas excepciones europeas a ese sistema son Rusia, sus vasallos y la España de Franco que —triste paradoja— ha infamado su cadáver. El único país de la Europa occidental donde su profecía de 1934 se ha realizado plenamente y conserva vigencia en su propia patria, y las castigadas no son sólo las masas españolas, sino también sus restos mortales y su obra de pensador.

El semanario *España*

Si ahora quiero defenderle, después de haberle combatido entonces y en otras ocasiones posteriores con alguna severidad, es porque en aquella actitud mía no había rencor ni resentimiento personal —como él propendía a pensar a veces de los que discrepaban de sus opiniones— que pudiera perdurar e impedirme rendirle esta justicia póstuma. («No se es sospechoso de adulación sino cuando se elogia a los vivos», decía el astrónomo Bailly hablando del recién muerto Voltaire). Mis diferencias políticas con él fueron puramente objetivas. En lo privado nunca tuve ningún motivo de desafecto o enojo con él. Al contrario, él me hizo objeto de una distinción personal que no olvidé jamás, aunque este reconocimiento no coartara lo más mínimo mi independencia de criterio.

En 1915, Ortega fundó el semanario *España* con el concurso económico de Luis García Bilbao, un raro poeta ignorado y desventurado y uno de los mejores hombres que yo he conocido (4). Aquella revista tuvo un notable buen éxito intelectual y político, pero el económico no fue todo lo que se esperaba. Los cuatro años que duró la publicación se hizo siempre con pérdida (5). Tenía lectores, pero apenas anuncios. Además Ortega pensaba en empresas más saneadas y vastas, y de mayor radiación e influencia, como el futuro diario *El Sol* y la *Revista de Occidente* con su editorial. El caso es que cuando en 1915 yo regresé a Madrid de Londres, donde había estado escribiendo artículos para *El Liberal* desde el comienzo de la guerra de 1914, Ortega, que ya estaba cansado o decepcionado del semanario *España*, me ofreció

espontáneamente su dirección, que yo acepté. Apenas nos conocíamos personalmente. Habíamos cruzado un parte de cartas y yo le vi por primera vez hacia 1912 en Marburgo, la ciudad universitaria alemana donde él pasaba una temporada con su esposa y donde le nació su primer hijo, llamado Germán en homenaje a su maestro de entonces, el profesor neokantiano Hermann Cohen. Pudo haber ofrecido la dirección del semanario a alguno de los muchos admiradores y futuros paniaguados que ya en aquella época le cortejaban y no a un extraño como yo. No lo hizo. Yo dirigí *España* hasta fines de la I Guerra Mundial, si recuerdo bien (6), y, cansado a mi vez de las constantes dificultades económicas en que vivíamos el semanario y los que lo redactábamos, le cedí la dirección a Manuel Azaña, en cuyas manos feneció unos meses después.

La dirección de Ortega debió durar aún menos que la de Azaña. Pues al morir nuestro filósofo, la prensa española y la extranjera han hablado con alguna extensión de ese semanario como si Ortega y varios escritores de la llamada Generación de 1898 —algunos de los cuales no colaboraron nunca en sus columnas y otros sólo durante su brevísima dirección— hubieran sido sus únicos sostenes en toda su existencia, o como si *España* hubiera sido una especie de Gadiana periodístico que se apareció brillantemente sobre la corteza terrestre en los primeros meses de su publicación y luego se hubiera hundido, al retirarse su primer director, en los abismos de la clandestinidad o de la historia anónima. La cosa no tiene la menor importancia, y si la menciono no es más que para subrayar con una sonrisa de indulgencia cómo se escribe hasta la historia contemporánea, sobre todo cuando ha habido por medio una terrible guerra civil cuyos odios al parecer son inextinguibles.

Los nuevos inquisidores españoles

Las pasadas diferencias políticas, ya canceladas por la muerte, no han podido evitar que me avasallara una de las indignaciones más profundas que he sentido en mi vida al conocer las bajas trapacerías que ha empleado la Iglesia española para profanar el cadáver de Ortega y deshonorar su memoria. Digo deliberadamente que han profanado su cadáver porque si profanación es, a juicio de un católico, que alguien saque un cadáver del cementerio donde estaba enterrado católicamente, no es menos profanación que se dé sepultura religiosa a quien no profesaba religión alguna. No sabemos con exactitud las circunstancias de su fallecimiento, su «yo soy yo y mi circunstancia» (postera), que, según algunos, es la clave de su filosofía y que, a mi juicio, no pasa de ser un viejo lugar común de la biología. No sólo el hombre, sino todas las especies animales saben intuitivamente que su vida está integrada en su circunstancia, o sea, en un medio ambiente, y las que lo ignoraron o no pudieron adaptarse a él perecieron. Y en forma filosófica más generalizada y más profunda, Protágoras había

dicho algo semejante en Grecia cuatro siglos antes de Cristo: «El hombre es la medida de todas las cosas.» La obra de Ortega es más importante que una frase suelta y acaso más por lo que calló que por lo que dijo. No era católico ni hay indicio en los escritos de su mayor madurez que fuera religioso. En los seis tomos de sus obras completas no encuentro ni una alusión a la inmortalidad del alma. Eso es lo que reclamamos contra los que pretenden desnaturalizar y prostituir su obra no tanto *ad maiorem dei gloriam* como a la gloria exclusiva de la Iglesia española. Qué más quisiera esa Iglesia, tan pobre hoy en valores intelectuales, que catalogar en su empíreo a un escritor como Ortega.

No me importa averiguar si uno de esos buitres eclesiásticos que rondan a los moribundos para exorcizarlos y salvar sus almas, como ellos dicen, o uno de esos «asnos tonsurados», como él con su expresivo gracejo les llamaba públicamente no hace mucho, le confesó *in extremis*, es decir, cuando ya estaba en estado comatoso, o si él, según otra versión, le despidió amablemente diciéndole que no podía prestarse a la frase de apostatar en el último momento la obra de toda su vida. Ni si fue su última voluntad que le enterraran en el cementerio civil o si no expresó ningún deseo sobre la materia. En un régimen político normal, como el de la república y el mismo de la monarquía en su época constitucional, no hay duda que Ortega hubiera dispuesto que le enterraran en el cementerio civil como todos los españoles sin religión que han muerto en nuestro país desde que esa clase de sepelio era un derecho legal. Eso hubiera hecho la rúbrica póstuma de su pensamiento. Ahora ignoramos si los entierros civiles están permitidos en España.

Nada de eso importa sino subalternamente. Lo que importa de veras son los testimonios escritos e impresos de lo que él pensaba y no rectificó. Su obra, tan copiosa, multiforme y contradictoria, no tiene aún la sedimentación que traen el tiempo y la crítica desinteresada. Todos los que nos hemos ocupado de ella, los apologistas absolutos como los censores apasionados —entre los cuales tengo honradamente que incluirme— la hemos deformado por más o por menos. Tal vez algún día vuelva yo a examinarla con más reposo y serenidad que en 1935. Entretanto, resumiré en pocas palabras lo que hoy pienso esencialmente de ella, en apoyo de la reclamación que aquí hago de lo que es, en mi entender, lo más precioso de la filosofía y la vida de Ortega, su absoluta libertad mental, tesoro supremo del hombre que pocos alcanzan y del cual quieren despojarle ahora aquellos cuya razón de ser en la Iglesia y el Estado actuales de España es destruirlo por la astucia y el dolo, ya que hoy no sea posible hacerlo de otro modo. En otro siglo hubieran quemado su cuerpo y sus libros. Hoy los inquisidores españoles tratan de aniquilar su obra y su personalidad filosófica al presentarlas fraudulentamente como repudiadas por él *in articulo mortis* mediante su supuesta reintegración al seno de la Iglesia católica.

Yo creo que la posterioridad valorará la obra de Ortega por estas categorías: en primer término, en que los juicios serán poco menos que unánimes, como un gran poeta en prosa, uno de los más grandes poetas de todos los tiempos en nuestra lengua. Era quizá algo barroco en el gusto excesivo de la metáfora, y él mismo lo reconoce ya hacia 1910 cuando escribe en su ensayo sobre Pío Baroja (7): «Así en arte me ocurre a mí que prefiero las obras donde se agita un cierto barroquismo y, no obstante, percibo claramente que en un orden ideal de valoración corresponde al primer rango a las que irradian una clásica serenidad estelar.» Pero sus ensayos descriptivos de las tierras de España quedarán como admirables poemas líricos de antología —los franceses, buenos catadores, han sido los primeros en haber apreciado estas joyas—, y su prólogo a un libro de montería del conde de Yebes, como uno de los poemas venatorios más estupendos que se han escrito en ninguna lengua, para no citar sino algunas preseas de este género.

Quedará también como un gran crítico literario y artístico. Su crítica es más estética que clasificatoria a la manera del naturalista. Cuando escribe de Azorín, de Baroja, de Velázquez, no le interesa tanto situarlos en el mundo histórico de las relaciones, las influencias y las escuelas, como proyectarlos sobre el fondo esencial y perenne de la naturaleza del arte. Cuando dice de la literatura pictórica de Azorín, eminentemente poética también, que son «primores de lo vulgar», en realidad lo emplaza en un arte que empieza en la pintura más primitiva y llega hasta Utrillo, muerto también recientemente, pasando por las escuelas europeas de género del siglo XVII, las de los apacibles interiores. Su crítica, como casi todo lo que escribía, era más incitante y provocativa que suasoria, lo mismo que la obra de Nietzsche, con quien tenía tanto parentesco. Fundamentalmente era un extraordinario temperamento artístico y muy poco científico en cambio.

Lo imperecedero de su filosofía

Lo más discutible de su obra será probablemente su filosofía. Para él la filosofía no era, como para tantos otros, incluso algunos de sus mejores discípulos, una careta de la teología. Tampoco pertenecía a la grey filosófica de los que han perdido la fe en los dioses nominales y buscan en la metafísica pseudónimos religiosos llamados Primera Causa, Ser Supremo, Gran Todo, el Absoluto y otros semejantes. A éstos aludía sin duda al escribir en 1942: «La filosofía es un esfuerzo natatorio que hace para ver de flotar sobre el 'mar de dudas' o, con otra imagen, el tratamiento a que el hombre somete la tremebunda herida abierta en lo más profundo de su persona por la fe al marcharse.» Ortega fue tal vez a la filosofía creyendo que era un órgano autónomo y eficaz de conocimiento, paralelo o complementario de la

ciencia. Y si en su primera época buscó también, como otros, verdades absolutas y eternas, no tardó en desengañarse.

«Esfuerzos tal hacia esos absolutos —escribe ya en 1935— son la filosofía, la ciencia del derecho y del Estado, la sociología, la estética y poética, la gramática... La pretensión que cada una tenía de haber descubierto la entidad absoluta, mundo, Estado, sociedad, belleza, lenguaje, queda fallida y convicta de error.» Y en 1942 llega a esta conclusión desoladora para los que creen en el valor inmutable de la filosofía: «No pensamos, no necesitamos pensar que nuestra filosofía sea la definitiva, sino que la sumergimos como cualquiera otra en el flujo histórico de lo corruptible. Esto significa que vemos *toda* filosofía como constitutivamente un error —la nuestra como las demás—. Pero aun siendo un error es todo lo que tiene que ser, porque es el modo de pensar auténtico de cada época y de cada hombre filósofo.»

Quien así pensaba de la filosofía, como instrumento del conocer, ¿qué podía pensar de la teología, la «ciencia de Dios»? Todavía parece haber en él alguna vacilación cuando escribe en 1927: «Hay épocas de *odium dei*, de gran fuga lejos de lo divino, en que esta enorme montaña de Dios llega casi a desaparecer del horizonte. Pero, al cabo, vienen sazones en que súbitamente, con la gracia intacta de una costa virgen, emerge a sotavento el acantilado de la divinidad. La hora de ahora es de este linaje y procede gritar desde la cofa: ¡Dios a la vista!». Por el tono más jocoso que serio al abordar tan grave materia, no parece tomar muy religiosamente esa «enorme montaña» y mucho menos la idea de desembarcar en sus ignotas proximidades. Sin embargo, no se decide todavía entre el mundo de los agnósticos, los que no creen en Dios —agnóstico es un pseudónimo vergonzante inventado por los ateos ingleses—, y el de los gnósticos, los que creen. Ecléctico, Ortega propone «una línea intermedia, precisamente la que dibuja la frontera entre uno y otro mundo... Todas las ciencias particulares, por necesidad de su interna economía, se ven apretadas contra esa línea de sus propios últimos problemas, que son, al mismo tiempo, los primeros de la gran ciencia de Dios».

Pero en 1933, en sus lecciones sobre Galileo —en realidad sobre la evolución mental del hombre de la Edad Media, uno de sus mejores trabajos históricos-filosóficos— Ortega ha perdido la «montaña de Dios», al parecer para siempre. He aquí lo que piensa del cristianismo medieval, del hombre que vive de espaldas a este mundo: «Diríase que cuanto hacemos y nos pasa, en suma, 'esta vida', está ahí sólo para ocultarnos como una máscara nuestra auténtica realidad, la que tenemos en lo absoluto, en Dios. De suerte que lo que parecía real —la naturaleza y nosotros como parte de ella— resulta ahora irreal, pura fantasmagoría, y lo que parecía irreal, nuestra preocupación por lo absoluto o Dios, eso es la verdadera realidad. Esta paradoja, esta suma inversión de la perspectiva, es la base del cristianismo».

Luego compara el hombre medieval, tal como queda descrito, con el antiguo y el moderno de esta forma: «Para el griego y el romano, la existencia era el problema de las relaciones entre el hombre y la naturaleza circundante visible o invisible—. Mas ahora (en la Edad Media) el mundo es propiamente ultramundo y sobrenaturaleza. El hombre se queda, por lo pronto, solo con Dios. Conviene, señores, recordar que el hombre una vez —una vez que ha durado muchos siglos— estuvo en esta creencia cristiana y su vivir tomó el aspecto de una faena sobrenatural. La Edad Moderna, Galileo, Descartes, nos han retrotraído a la naturaleza, y nos cuesta trabajo repensar aquel modo de vida que consiste en vivir desde Dios. Como a los griegos, nos sabe, por lo pronto, a paradoja.»

Esto decía Ortega en 1933, desde la cátedra Valdecilla de la Universidad de Madrid. Estas palabras, leídas ahora fríamente en sus *Obras Completas* (Madrid, 1945, 6 tomos), no revelan a primera vista la enorme importancia que tienen. Un velo de ironía atenúa el hondo menosprecio que Ortega siente por ese hombre medieval que una vez, «una vez que ha durado muchos siglos», hacía de la vida «una faena sobrenatural». Se comprende que sintiera y pensara así: lo mejor de su obra, más que un inanimado sistema filosófico, es precisamente un canto entusiasta a la naturaleza, a la vida y a la razón, partes integrantes de un todo, canto que recuerda los poemas de los filósofos presocráticos y el más maravilloso de todos los del género, el de Lucrecio. A pesar del freno en la expresión verbal, creo que pocas veces en una universidad española el pensamiento libre haya ido tan lejos como en las palabras transcritas. Ciertamente que en 1933 la Universidad Central era republicana y tan moderna como la que más, como también había llegado a ser en los últimos tiempos de la monarquía, dicho sea en su honor. De todos modos, era una gran audacia hablar en esos términos desde cualquier cátedra universitaria, de cualquier país y no sólo de España, por esa especie de pudorosa neutralidad que la enseñanza pública exige en casi todas partes sobre estas últimas cuestiones del pensamiento.

Hoy la universidad donde profesaba Ortega no es monárquica ni republicana, ni en rigor Universidad: es poco más que un púlpito, lo que se dice una cátedra sagrada, un centro de enseñanza teocrática, medieval, como eran los del hombre cristiano tan gráficamente descrito por Ortega. Era natural que esa universidad no quisiera que Ortega volviese a su cátedra y que él tampoco quisiera volver a una cátedra donde no hubiera podido continuar las inconclusas lecciones sobre Galileo. Esa universidad y toda la España oficial de hoy son la negación absoluta del fruto más sazonado de toda filosofía, como era la de Ortega: una filosofía donde Dios no es necesario. En alguna parte dice Ortega que, al contrario que en la ciencia, en filosofía no hay progreso, como tampoco lo hay en arte. Hay sólo filósofos y a lo sumo ciclos filosóficos cuyos temas se repiten indefinidamente. Esto no es

del todo verdad. Entre la ruda cabeza primitiva del hombre de Neanderthal y la de Ortega hay la inmensa distancia mental que durante cientos de miles de años ha tardado en recorrer el cerebro humano la distancia que media entre el hombre primigenio, para quien nada hay natural y todo es sobrenatural, y el hombre moderno, para quien nada es sobrenatural y todo es natural. Toda filosofía es un punto en esa enorme trayectoria. Podemos discrepar de Ortega cuando aplica su órgano filosófico a la interpretación de la política, de la historia y del Estado; pero en el último conocimiento de la filosofía y de la ciencia, que es saber que la naturaleza tiene infinitos secretos naturales, pero ninguno sobrenatural, nuestra identidad con Ortega es absoluta. En la filosofía oficial española de los últimos tiempos, él era casi el único que había llegado a esa omega del pensamiento. Casi todo el resto persiste en el alfa del hombre neanderthalense.

Educador y hombre representativo

Al defenderle, exponiendo la integridad y la autenticidad de su pensamiento, no se trata sólo de hacer justicia a un hombre cuya vida y cuya obra intenta adulterar y envilecer una España teocrática, sino salvarle también como educador y como figura representativa de la otra España, la más verdadera y numerosa, la ya mentalmente liberada. Junto a la funesta influencia política que tuvo sobre una parte de la juventud, hay que reconocer que fue también un gran liberador mental para otra parte de la juventud, la mejor y la llamada a intervenir a su vez como liberadora del pensamiento en una España restaurada a la vida democrática. Es preciso que Ortega siga siendo en esa última filosofía suya un maestro para las nuevas generaciones, y para ello hay que evitar que la España teocrática le presente como un monedero falso, como un vulgar delincuente intelectual que con su obra puso en circulación una moneda falsa y que sólo a la hora de su muerte, para salvar su alma, confesó su delito. Hay que defenderle contra esa infamia que se quiere cometer con él como educador permanente de España.

Y hay que defenderle como hombre representativo de la España mejor. Al publicarse en la prensa extranjera, tomándolo de la española, que se había confesado antes de morir, me decía un amigo europeo: «Es curioso lo que ocurre con los filósofos españoles de esa época: casi todos son católicos a macha martillo y los pocos que no lo son durante toda su vida vuelven a la Iglesia un poco antes de morir, como García Morente, o en el mismo momento de morir, como Ortega y Gasset.» Lo que las palabras y la sonrisa irónica de este amigo querían decir era que le extrañaba, no que en España hubiese filósofos católicos, o de cualquier otra religión, que los tales los hay en todos los países, sino que a la postre todos mueren como católicos; que no hubiese excepciones y aun mayorías religiosas como en casi todo el mundo moderno contemporáneo. Si fuese así, la cosa sería bastante

grave para el prestigio intelectual de España en el mundo, porque sería el único país donde semejante anomalía filosófica acontece.

Luis Araquistáin

Pero esto no es verdad y ahí está la obra de Ortega y su vida, pese a sus falsificadores de última hora, para desmentirlo. No son muchos, desgraciadamente para el buen nombre filosófico de España, los que han llegado a esa definitiva emancipación de toda influencia teológica. Después de la obra liberadora del krausismo español, que con todas sus deficiencias trajo a nuestra filosofía una libertad que nunca había tenido, pocos han sido los pensadores oficiales, por así decirlo, que han continuado aquella tradición. Ortega es uno de ellos y el más brillante y eficaz por la forma altamente poética de su filosofía. Defenderle es, pues, defender también el honor intelectual de la España libre a que él pertenecía.

(1) Idéntica apostilla en *El pensamiento español* (Buenos Aires, Losada, 1962, p. 95): «Esa famosa rebelión de las masas, de todas las masas, las liberales y las fascistas —él no hace ninguna distinción entre unas y otras, ambiguamente las identifica a todas—...». Contrariamente a lo que dice Araquistáin, parece claro que Ortega distingue entre el carácter fascista —«masas nacionales»— o revolucionario —«masas obreras»— que puede tener esa rebelión contemporánea contra el imperio de «los mejores».

(2) Es muy discutible que en los años 30 la lucha del movimiento obrero europeo se dirigiera «única y exclusivamente» a la consecución de la democracia parlamentaria. Es todavía más discutible en el caso español. Hay que recordar que el propio Araquistáin había luchado denodadamente, desde las páginas de *Leviatán*, por desengañar a las masas de una concepción de la democracia que él consideraba entonces periclitada.

(3) Ver su artículo «José Ortega y Gasset, profeta del fracaso de las masas», en *Leviatán*, diciembre 1934-enero 1935.

(4) Sobre Luis García Bilbao, ver las páginas que le dedica Ramón Carande en *Galería de raros*. Madrid, Alianza Ed., 1982, pp. 53-85 (publicadas antes en *Revista de Occidente*). Puede verse también lo que dice Cipriano Rivas Cherif (*Retrato de un desconocido*), que alude con más franqueza a la peculiar personalidad del mecenas de España.

(5) El semanario se publicó hasta 1924, es decir, durante nueve años.

(6) Aquí flaquea también la memoria de Araquistáin: dirigió la revista entre 1916 y 1922, en que Manuel Azaña se hizo cargo de la dirección.

(7) Seguramente se refiere al ensayo titulado «Ideas sobre Pío Baroja», publicado en 1916 en el tomo I de *El Espectador*.